

Retrato –parcial– de España

Javier Gorosquieta*

EL Informe «España 1996», de la Fundación Encuentro, tiene elementos de sobra para hacer un verdadero retrato actualizado de nuestro país. Estudia rasgos tan sobresalientes e interesantes hoy como el nuevo empleo y desarrollo humano, los costes ambientales del crecimiento, la educación, la inmigración, el envejecimiento humano, los 15 años de experiencia autonómica, etc. Por falta de espacio en este comentario, nos fijaremos solamente en dos: el nuevo empleo y desarrollo humano, por un lado, y la educación, por otro. Aludiré, primeramente, al nuevo empleo y desarrollo humano, porque el del empleo sigue siendo hoy, sin duda, el problema número uno de nuestra sociedad; además, el Informe enfoca muy bien el tema, ya que no mitifica el empleo, sin más, sino que en tanto lo considera válido en cuanto contribuya al bienestar y al verdadero desarrollo humano. Me referiré también a la educación, porque la aportación

* Profesor de Ética Económica en las Universidades de Deusto y Comillas: Bilbao y Madrid

del Informe en esta materia es totalmente de primera mano; se basa, efectivamente, en una investigación empírica propia, original.

Nuevo empleo y desarrollo humano

Lo primero que destaca, a mi juicio, es que tenemos en España unas reservas de población activa y, por lo tanto, una potencialidad de crecimiento, mayor que en casi todos los demás países de la OCDE. En efecto, nuestra tasa de actividad respecto a la población de 15 a 64 años (58,3%) es la más baja de todos los países de la OCDE, si excluimos Méjico (53%) y Turquía (55,9%). Seguimos de cerca a Italia (58,8%) y nos encontramos a gran distancia de los países de nuestro entorno, que superan con creces el 60%. La tasa media de actividad llega al 70,4% en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE) y al 66,2% en la Unión Europea (UE). Esta diferencia, que se puede considerar como un signo de atraso de nuestro país, se presta también a la interpretación optimista que acabamos de adoptar: en España existe una mina más rica que en ningún otro país de la OCDE de recursos humanos todavía inexplorados.

1. Avance espectacular de las mujeres

DENTRO de nuestra fuerza de trabajo las mujeres han demostrado un espectacular dinamismo en los últimos años. España se mantuvo a la cola de la UE durante la década de los ochenta, en cuanto al peso relativo de la población activa femenina, y sólo supera a Italia en la década de los noventa. Durante estos últimos 15 años es el país que más ha reducido la diferencia de porcentajes entre hombres y mujeres: 14,3 puntos, al pasar de 44,5 puntos en 1985 a 30,2 en 1994. En esta celeridad de convergencia supera a Alemania (10,5), Reino Unido (8,8), Italia (8,5), Francia (6,7), Dinamarca (2,6). De estos 14,3 puntos de mejora, 10,7 corresponden al aumento de la tasa de actividad femenina y 3,6 al descenso de la tasa de actividad masculina.

Pero no debemos ser triunfalistas. Esa ventaja es buena, pero sólo demuestra el retraso en que nos encontrábamos, respecto de otros países de la UE, en materia de incorporación de la mujer a la vida económicamente activa. Ha habido que acelerar en los últimos 15 años.

En cuanto a la ocupación, observamos un hecho muy importante. En el período 1987-1996 los varones ocupados aumentan un escaso 1%, mientras el incremento de las mujeres empleadas alcanza el 24,6%. Este dato es de por sí elocuente, y se hace aún más expresivo en la desagregación por edades. En el grupo de 16 a 24 años descienden los ocupados de ambos sexos. El empleo entre los mayores de 45 años aumenta, como es lógico, de manera moderada. Pero aquí la diferencia en favor de las mujeres es mucho más notable: la variación porcentual de los varones es ligeramente positiva (2%), mientras que la de las mujeres resulta, aun en esa edad adulta, altamente positiva (19,2%).

La disminución del empleo juvenil no es siempre un mal síntoma. Piénsese en el hecho positivo de la prolongación de los estudios, aunque el paro afecta también de manera cruel a los jóvenes, especialmente a los que abandonan los estudios inmediatamente después de los 15 ó 16 años.

Los datos obligan a concentrar la atención en el grupo de mujeres de 25 a 44 años, que han conquistado en el último decenio más de 764.000 puestos de trabajo, mientras que los varones de la misma edad sólo llegaron a 318.200, casi dos veces y media menos. De cada 10 nuevos empleados entre los 25 y 44 años, 7 son mujeres. ¿Cómo explicar una diferencia tan grande? ¿Por qué una española de edad intermedia en 1990 tiene una probabilidad mucho más elevada de participar en el mercado de trabajo que una mujer de la misma edad en 1980? Dos causas se dan principalmente: la incorporación masiva de la mujer a la Universidad y la tendencia creciente de la mujer española a armonizar las tareas del hogar y la vida económicamente activa. El Informe no da, por el contrario, importancia como causa a las diferencias existentes entre salario medio masculino y femenino para trabajo igual.

2. Expansión del empleo en los servicios

EN el conjunto de los cuatro sectores clásicos (agricultura, industria, construcción y servicios), el de servicios es el único que ha experimentado un crecimiento sostenido en su volumen de ocupación durante los últimos 27 años. Incluso cuando los demás sectores sufren descensos acusados, como en la década 1975-1985. Respecto al empleo total en España, los servicios representaban un 30% en 1960 y ya superaron en 1996 el 61%. Esta duplicación a lo largo de tres décadas y media es por sí misma elocuente.

La distribución actual en porcentaje del empleo por sectores es la

siguiente: 61,6% en servicios, 20,2 % en industria, 9,8% en construcción y 8,4% en agricultura. Sólo la construcción (27%) y los servicios (26,7%) arrojan saldos de variación positiva en los últimos diez años. La aceleración descendente de la agricultura durante ese período es notable (-38,6%). El descenso ocupacional en el sector industrial llega a un -9,7%, si se considera todo ese período. No obstante, aparece claramente un repunte de crecimiento a partir de 1994, superado el punto más bajo de la depresión de 1993. Durante el trienio 1994-1996 se crearon 44.600 empleos industriales.

De acuerdo con los datos:

– Es claro, primero, que la economía española ha experimentado un cambio significativo hacia la terciarización, si bien el porcentaje de trabajadores empleados en el sector servicios resulta todavía inferior a la media de la OCDE (65%), y claramente alejado del de países como Australia, Bélgica, Canadá, Estados Unidos y Reino Unido, en los que llega al 70%.

– Segundo. Este crecimiento de los servicios se ha producido en España de una manera bastante más rápida que en la mayor parte de los países industrializados. Con todo, hay que matizar que durante largo tiempo dicho crecimiento fue notablemente inferior al registrado en los países europeos de la OCDE. Hemos caminado con una década de retraso. Lo ocurrido desde mediados de los ochenta lleva a pensar que se trata de una nueva fase de la expansión del sector.

– Tercero. En los últimos años las ramas que experimentan una mayor tasa de crecimiento son «Actividades inmobiliarias», «I+D», «Actividades Informáticas», «Alquiler maquinaria», «Actividades anexas de transportes y agencias de viajes», «Otras actividades empresariales», «Actividades asociativas» y «Ocio, cultura y deporte», todas ellas por encima del 20%.

3. *El empleo a tiempo parcial*

SERÍA ideal que todo el mundo pudiera elegir sus horarios de trabajo. El reciente informe del Club de Roma titulado *El dilema del empleo. El futuro del trabajo*, pide a las Administraciones Públicas que fomenten el empleo a tiempo parcial.

En los últimos años, especialmente desde 1992, el empleo a tiempo parcial parece haber experimentado un aumento importante en nuestro país: entre 1987 y 1996 se ha duplicado. La variación porcentual (64,4%) del tiempo parcial durante este último decenio deja muy atrás a la del tiempo

completo (5,3%). Los ocupados a tiempo parcial en términos absolutos han pasado de 578.100 en 1987 a 950.200 en 1996.

No tenemos razón para sorprendernos cuando comprobamos que casi un tercio del empleo en Holanda es a tiempo parcial. Los países nórdicos y el Reino Unido superan también con mucho el nivel del 8% de la población ocupada total que tenemos en España. La mayoría de los ocupados a tiempo parcial en todos los países son mujeres. Es fácil establecer una relación entre el trabajo a tiempo parcial y la maternidad. Suecia, donde ha empezado a subir la natalidad, incrementa paralelamente sus cifras de mujeres ocupadas a tiempo parcial.

Es claro que las «obligaciones familiares» pesan mucho más sobre las mujeres que sobre los hombres a la hora de trabajar a tiempo parcial. En cambio por razón del «tipo de actividad» los porcentajes casi se igualan. Es un poco superior en España el porcentaje de los hombres que el de las mujeres obligados a trabajar a tiempo parcial porque no encuentran ocupación «a tiempo completo». Las razones exógenas al trabajo («obligaciones familiares», «no quiere a tiempo completo», «enfermedad» y «cursos») influyen menos en los varones que en las mujeres. Por factores internos al mismo trabajo («tipo de actividad», «no encuentra trabajo a tiempo completo») encuentran casi la misma dificultad las mujeres que los varones.

El sistema educativo

NADIE duda de que la educación es el más potente generador de promoción humana y social, y su importancia le viene dada por el poder configurador que posee. Por ello no sólo los padres y profesores —como se refleja en el Informe—, sino la sociedad en su conjunto y los Estados admiten hoy como un axioma que los recursos destinados a educación son la mejor inversión, aunque no siempre tal principio se traduzca efectivamente en acciones y medidas concretas y consecuentes.

Es decisiva la importancia que la familia tiene en la configuración de la personalidad de los hijos. Su influencia es profunda, extensa y continuada, pero sobre todo es crucial en la infancia y adolescencia. Esto es aceptado prácticamente por todas las corrientes psicológicas y avalado por la simple observación y experiencia. La familia española ha experimentado cambios profundos, especialmente significativos en las dos últimas décadas. Estos cambios han afectado a su estructuración y composición internas y a las formas y estilos de educar a los hijos.

El profesor también ha cambiado durante este tiempo; la escuela ha variado sus métodos y organización interna. El papel o papeles del maestro en la educación de los alumnos han experimentado innumerables transformaciones, presionado e incluso acosado por todos los frentes: instituciones, padres, nuevas generaciones y sus estilos, nuevos métodos de enseñanza y aprendizaje, reformas educativas, etc.

Respecto del *pasado*, que podemos concretar en dos o tres generaciones de padres y profesores, la escuela llevaba la iniciativa en la educación (con sus orientaciones y pautas) y la familia la apoyaba incondicionalmente. El niño disponía de menos fuentes de información y el maestro era la referencia fundamental. El concepto de educar (contenidos, métodos) estaba claro para todos, la autoridad proporcionaba seguridad a los educadores; los valores se transformaban en normas de obligado cumplimiento. Se aprovechaban al máximo los recursos disponibles en casa y en la escuela. Los papeles de padre y madre eran nítidamente distintos y complementarios. En general, tanto padres como profesores repetían un esquema educativo heredado.

El *presente* es mucho más ambiguo y posee más aristas. Familia y escuela se sitúan en paralelo; el niño posee muchas fuentes de información y se pierde más fácilmente en medio de datos contradictorios. El maestro acumula papeles y necesita aclararse. Ya no encontramos a padres seguros, sino perplejos; se tienen más y mejores medios para educar, por lo que obsesiona el poder proporcionárselos al hijo. La sociedad es juzgada como difícil y competitiva. Se experimentan estilos educativos; se ensaya el reparto de papeles entre padre y madre. Se supone que hay que educar de otra manera, pero profesores y padres se preguntan cómo sin acabar de dar con el modelo apropiado.

Haciendo un ejercicio proyectivo, el *futuro* nos deparará un tipo de familia que está llamada a ejercer una función mediadora entre los datos que el hijo recibe y las formas de procesarlos. La educación se ofrecerá como apertura de posibilidades, diversidad de estilos y exigencias de calidad y especialización. El profesor será un instructor y especialista en aprendizajes, el soporte que ayude al alumno a trabajar por sí mismo y quien le enseñará a aprender. Los papeles padre-madre serán posiblemente más parecidos e intercambiables en muchas de sus funciones. Habrá más medios, pero habrá que elegir; educar será responder a retos puntuales y diversos según los contextos. Pero siempre será deseable que la filosofía educativa implícita y explícita, en padres y profesores, sea la de ayudar a un sujeto a ser persona. Familia y sociedad, padres y profesores, necesitan encontrarse.

Del meritorio estudio empírico realizado para el Informe se desprenden numerosas conclusiones. Seleccionemos algunas.

La aplicación de la *reforma educativa*, con todas sus variantes, leyes que la articulan, improvisaciones, etc., confunde a veces al profesor. Su respuesta, en ocasiones, es recluirse en su parcela, en su aula, ajustarse a lo mínimo imperado y organizar curso, materia y métodos de forma individualista.

Otra fuente de inquietud para el profesor son *los alumnos problemáticos* con los que a veces se encuentra. Sus sentimientos entonces son de impotencia, de verse desbordado por la situación. El profesor vocacional sufre por no poder solucionarlo todo, por no lograr atender las demandas de los alumnos más problemáticos o necesitados, lo que le produce ansiedad y frustración. Los maestros más experimentados se defienden ante estas situaciones poniéndose a sí mismos metas menos ambiciosas («hago lo que puedo») y conviven más serenamente con su quehacer profesional.

Al mismo tiempo, el profesor percibe y experimenta una *situación de desajustes*: falta de adecuación entre los objetivos marcados por la sociedad y por la organización escolar, entre la importancia de la tarea y la minusvaloración social de la misma, entre tener que educar pensando en el futuro de unos jóvenes y verlos abocados muchas veces al paro, etc.

A pesar de todo esto, el colectivo de profesores participa en general y en gran medida del *componente vocacional* y tiene un buen concepto de sí mismo y de su tarea. Critican a los padres y a la sociedad por su falta de implicación en la educación, pero ellos mismos reconocen también ser pasivos, a veces, ante estos problemas y acudir a soluciones individualistas como las mencionadas.

Son muchos más los factores y características que igualan actualmente al *profesor de la enseñanza pública y al de la privada* que lo que les separa. Es similar su visión del niño y de los padres, ambos están sometidos a una evaluación social e institucional continua, su malestar es análogo, los medios y recursos de que disponen tienden a equipararse; sin embargo, todavía hay cuestiones que resolver.

Una de las más importantes fuentes de conflicto, de desajuste e inquietud para el profesor es la *multiplicidad de papeles*, a veces contradictorios entre sí, que se ve obligado a desempeñar en la práctica. Esto da lugar a una serie de incómodas antinomias.